



LOS VIRTUOSOS
YASMINA KHADRA

Alianza.
480 páginas. 23,95 euros.

En 1914, Yacín, un joven pastor de una aldea de Argelia, es chantajeado por el cacique de la comarca. Debe ir a la guerra de Europa haciéndose pasar por su hijo. Si no lo hace, toda su familia sufrirá las consecuencias. Así que Yacín cambia su identidad y combate contra los alemanes bajo la bande-

ra francesa. Defiende una causa que no es la suya en nombre de alguien que no es él. Esa experiencia de la guerra le acompañará durante toda la vida. Y también las personas que allí conoce y que se cruzarán de nuevo en su camino. Porque, después de años en las trincheras, Yacín vuelve a Argelia con la intención de buscar a su familia y vengarse por todo el dolor aquel que el cacique le ocasionó. Comienza así un periplo por Orán, por el desierto, con hombres que se aprovecharán de él y mujeres de las que se enamorará. Y siempre, acechando, el aliento de quienes no olvidaron quién era y que intentarán matarlo para que no desvela la verdad. Muy entretenido. **V. V.**



NO TE VERÉ MORIR
ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Seix Barral.
240 páginas. 19,90 euros.

Gabriel es un profesional de éxito en EE UU. Adriana, una mujer atrapada en un cuerpo que le empieza a fallar. Mantuvieron una intensa historia de amor a mediados de los 60. Años después, gracias a una conversación casual, Gabriel consigue localizar de nuevo a Adriana. Y decide

visitarla. Muñoz Molina nos presenta en esta bellísima novela de adjetivos poderosos a dos personajes atravesados por la distancia del tiempo y del espacio. Y a partir de ahí, reflexiona sobre cómo entramos y salimos de la vida de los demás, sobre cómo lo que un día compartimos se desdibuja o ya no existe, sobre cómo los sueños y la memoria son ingredientes de la realidad. Porque lo que somos también se configura de lo que imaginamos y lo que fuimos puede vivirse de nuevo (o transformarse o reinterpretarse) gracias a los recuerdos. Y es, claro, además, una novela sobre «la epidemia terminal del tiempo» (25). **V. V.**



MI PADRE ALEMÁN
RICARDO DUDDA

Libros del Asteroide.
216 páginas. 18,95 euros.

Ricardo Dudda siempre supo que había un relato por escribir en la historia de su familia. Gernot, su padre, nació en 1940 en Elbing, una ciudad de Prusia oriental que ya no existe como tal. Aquel lugar ha cambiado de nombre, de país, de idioma, de religión. «¿Cómo explicas de dónde

eres si tu lugar de nacimiento ya no existe?» (30). En 1945, con la invasión rusa, la familia tuvo que huir. Su abuela y su padre por un lado. Su abuelo, antiguo policía nazi, por otro camino. Después de una infancia en un campo de refugiados, Gernot se establece en España (primero Burgos), donde se convertirá en famoso publicista. Y su hijo, a través de conversaciones y documentos, reconstruirá la historia de su familia, para demostrar que lo que somos es también lo que fuimos y que conocer el pasado de los nuestros nos sirve para conocer mejor su presente (sus ideas, sus miedos, sus deseos o placeres). **V. V.**



unos pocos elegidos. En consecuencia, en su succulenta prosa pervive, en estos tiempos de globalidad empobrecedora y de colonización de un inglés estándar, como un prodigio olvidado, un castellano neto, limpio de polvo anglófilo y de paja internauta, salpicado de impagables palabras en desuso: andorga, belezo, cutio, champlazo, galán, engarrio, cija, zagala, murria, maíllo... Y una expresión propia de la condición juglaresca de Sanz, inquisitiva, juguetona, traviesa incluso, llena de esguinces y requiebros estilísticos, sazónada con cantinelas, expresiones y dichos populares siempre bien traídos, con mucha gracia.

Robinsones rurales

A la vez que documento sobre el abandono y desaparición de tantos pueblos, en paralelo a los estertores y el fin de la civilización campesina, el libro constituye un homenaje a los últimos moradores, aborígenes o neorrurales, de las aldeas perdidas de la «España silenciosa», despoblada, a la tenaz resistencia de esta especie de robinsones, dispersos peces en charcos casi secos, por usar una de las abundantes metáforas felices del autor. Y no precisamente para «ponerlos en valor», la muletilla delatora de todo farsante o aprovechado, sino para dignificar su aguante tras «la desbandada general». Son diecinueve naufragos, incatalogables, de una sociedad desquiciada, criaturas inolvidables: un malhechor reincidente, un eremita contemplativo, un pintor descarriado, una «holandesa errante»... Cada uno cuenta su «caso», como diría Lazarillo de Tormes, gracias a la añagaza de las supuestas grabaciones de la pareja durante un año, lo que da pie a Sanz, como es marca de la casa, para levantar en cuatro pinceladas monologantes un muestrario maravilloso de personajes, como si se le cayesen de las manos.

ra. Su reciente entrega, 'Últimos robinsones' (Valnera, misma editorial de su anterior y emparentada 'Voces remotas'), desborda el concepto de novela tradicional por adición de textos complementarios al hilo conductor: la relación sentimental de una pareja de jóvenes urbanitas de vuelta al campo y la de ella, asistente social, con un pastor, solterón empedernido, el único habitante de un pueblo sin luz eléctrica siquiera. Y, sobre todo, por la parte temática, casi ensayística, volcada en la experiencia de los resistentes finales de pueblos casi abandonados, de ahí el título, y cómo no acordarse del Andrés de 'La lluvia amarilla', del señor Cayo delibesiano o de los viejos creyentes en el corazón de la taiga de la narración-reportaje de Vasili Peskov.

Es un primor cómo cuenta el autor y cómo enhebra la trama, con una facilidad engañosa, fruto de un dominio de la oralidad difícilísimo, solo al alcance de



ÚLTIMOS ROBINSONES
IGNACIO SANZ

Valnera
184 páginas. 18 euros

forman parte de «una larga, muy larga cadena de bebedores», desde un aspirante a procurador o notario en la negra posguerra baja de guateques, motocarros y seiscientos a un ganadero urbano que vive solo en una casa que se estremece y tiembla, desde una monja visionaria a una prostituta justiciera.

Con más de medio centenar de títulos a sus espaldas, el veterano Ignacio Sanz es autor de una obra tan nutrida como granada, no tan reconocida como debie-

AL PIE DE LA LETRA

CARLOS AGANZO



José Luis Puerto, oficio de inocencia



RITUAL DE LA INOCENCIA
JOSÉ LUIS PUERTO

Reino de Cordelia. 288 páginas.

Tal vez redondeando, o sublimando, la última y fecunda etapa de su poesía, iniciada en 2008 con 'Proteger las moradas', y que incluye otros títulos como 'Trazar la salvaguarda' o 'La protección de lo invisible', el poeta José Luis Puerto (La Alberca, Salamanca, 1953) culmina en 'Ritual de la inocencia' la absoluta transparencia de un lenguaje poético tan sólida como delicadamente construido a través de más de cuarenta años de escritura.

Todo el universo del escritor vibra y se condensa en esta última entrega, publicada por Reino de Cordelia, que busca una vez más la salvación del hombre a través de la palabra. De una palabra necesariamente iluminadora y rehumanizadora. Un camino de perfección que, en este caso, busca la profundidad del territorio de la inocencia. Ese «hondo oficio de inocencia», que escribió Claudio Rodríguez en referencia a la poesía. Ese regreso hacia lo puro, hacia lo pristino del ser que solo se reconoce en el alma de los niños asombrados ante los mapas del mundo. O en el alma de los poetas: seres inocentes por natura. Poetas que escriben en la arena, sabedores de que el agua borrará sus palabras, porque son conscientes también de que éstas permanecerán en el alma colectiva.

«Solo el hombre dotado de un corazón inocente podría habitar el universo», escribe María Zambrano. Y sobre los versos de Zambrano, José Luis Puerto vuelve a reivindicar el oficio del tejedor de palabras –palabras de inda-

gación, de dignidad, de amor, de belleza– como único refugio ante la intemperie. La intemperie del materialismo, la corrupción y el pragmatismo del mundo que nos rodea, nos acosa, nos hiere. Palabras para refundar una casa nueva para el hombre y para el alma. Para una nueva fraternidad («existir en el amor») construida con instantes salvados de la rutina, la mediocridad, la violencia y el tedio. Manos de una fraternidad que salva la orfandad connatural del hombre.

Un grito silencioso que clama por restaurar la sacralidad de las cosas. Por recuperar un universo poblado de palabras, lenguas y hablas; de escrituras antiguas; de pájaros, árboles y hasta bosques de silencio con ciervos invernales; de sábanas puestas a orear, de luz y de luces, de lluvia y fuentes que manan y corren, rosas de luz, paisajes, viejos objetos, corazones heridos, músicas y zarabandas, nieblas, lejanías, memoria de las pérdidas. Todo lo que configura nuestro ser más íntimo. Lo que somos y nunca debimos dejar de ser ni siquiera un instante. Lo que hemos de recuperar en la belleza, en la delectación de la existencia y en la vibración de la emoción y la vida compartida. Porque lo más hermoso, dice el poeta «es aquello fundado en el amor». Sin duda un nudo esencial, este libro, en la poética de un autor esencial.